

Gianni Vattimo: la fuerza del debilitamiento

Por Chiara Caiazzo

DOCTORANDA EN FILOSOFÍA CONTEMPORÁNEA Y COLABORADORA DEL CENTRO UPF PARA LA FILOSOFÍA Y LOS ARCHIVOS DE GIANNI VATTIMO

Estética, ética, política, religión. Son muchas las cartografías que pueden trazarse para navegar por el polifacético pensamiento de Gianni Vattimo. Un pensamiento que no ha de ser segmentado, diseccionado y examinado rigurosamente, a trozos, sino que pide ser, más bien, experimentado transversalmente, en una especie de empuje inmersivo. Leer a Vattimo es, en sí mismo, un ejercicio de pensamiento.

El filósofo italiano, fallecido el 19 de septiembre a los 87 años, abrió el camino a una nueva forma de hacer, entender y practicar la filosofía. Considerado uno de los principales representantes e intérpretes mundiales del pensamiento posmoderno, Vattimo se movió en una dinámica y aparentemente paradójica imbricación de comunismo, catolicismo y nihilismo, abrazando la tan demonizada contradicción hasta el punto de convertirla en su fuerza primordial. La contradicción, rasgo profundamente humano, se convierte en terreno fértil del que germina un pensamiento nuevo y experimental.

Gadamer afirmó que “el temperamento de Vattimo, su elegancia, su sentido del humor y su ingenio [...] difundieron su pensamiento filosófico por América, Francia, Europa del Este y, en general, por la cultura filosófica de todo el mundo, a través del concepto clave de la hermenéutica”. De hecho, de Vattimo no se aprenden nociones, sino posturas radicales y, por qué no, revolucionarias. Se aprende el valor de ir más allá de los esquemas preestablecidos, desafiándolos, jugando a veces con una ligereza que, como escribe Calvino, no es

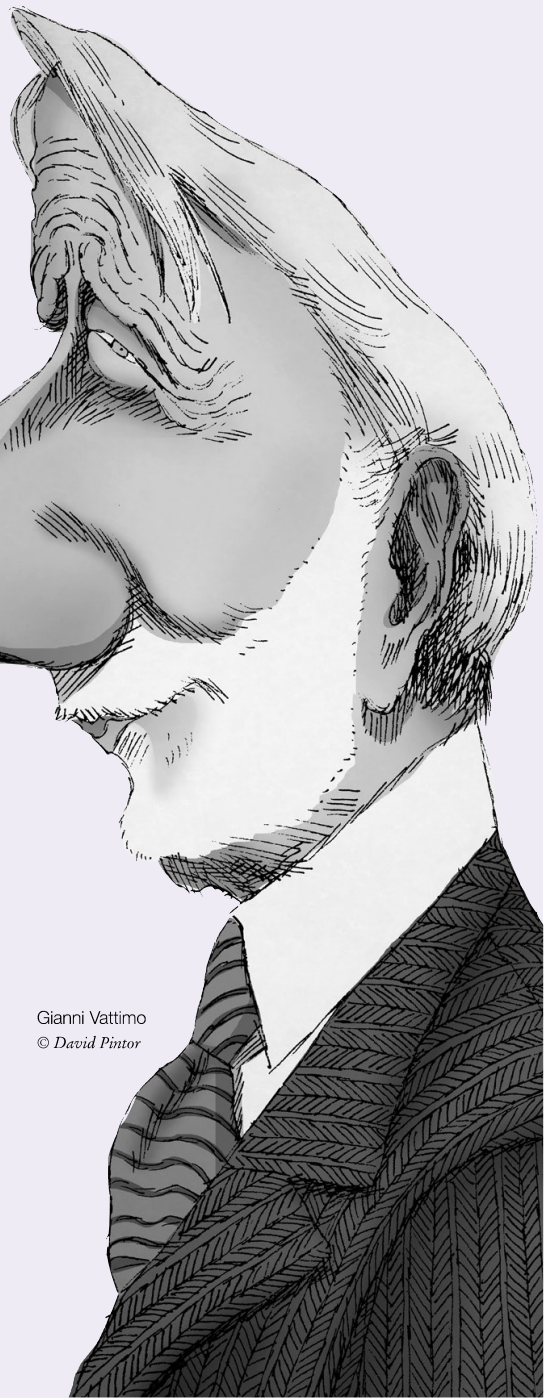
superficialidad, “sino deslizarse sobre las cosas desde arriba, sin tener pedruscos en el corazón”.

Vattimo nació el 4 de enero de 1936 en un barrio obrero de Turín, donde vivió directamente el régimen fascista y los bombardeos de la II Guerra Mundial. Tras un breve periodo en Cetraro, ciudad natal de su difunto padre, Vattimo pasó su adolescencia en Turín, donde comenzó su participación en la Acción Católica. Se licenció en Filosofía en 1959 con una tesis sobre el concepto de “hacer” en Aristóteles bajo

Partidario del diálogo más que del monólogo, incorpora al Otro a su pensamiento

la dirección de Luigi Pareyson, con quien mantuvo larga amistad y quien, años más tarde, le enviaría a Heidelberg a estudiar con Gadamer. En los años sesenta, Vattimo se convirtió en profesor titular de Estética y después de Filosofía Teórica en la Universidad de Turín. Es aquí donde arraiga su experiencia hermenéutica —una experiencia que desborda los límites de la filosofía y se adentra en la política para convertirse en una práctica de vida—.

En la primera mitad de la década de 1980, junto con Pier Aldo Rovatti y otros destacados intelectuales de la



Gianni Vattimo
© David Pintor

escena italiana, Vattimo elaboró el concepto de pensamiento débil, que apareció por primera vez en la antología homónima publicada en 1983. No debemos caer en el error de buscar una definición al término porque, más que un concepto, el pensamiento débil es una práctica que consiste en cuestionar cualquier tipo de dogmatismo o filosofía basada en verdades supuestamente incontrovertibles.

En primer lugar, conviene aclarar en qué consiste esta práctica. Practicar el pensamiento débil significa *debilitar*. Esta necesidad de debilitar parte de un análisis crítico de la tradición filosófica occidental, que se traduce también en un *modus pen-*

Comunismo Catolicismo Nihilismo

sandi que caracteriza a las sociedades contemporáneas. El pensamiento occidental destaca la racionalidad humana, vista como sólida y fuerte. La idea de una lógica racional sólida y fuerte es reconfortante, ya que nos arrulla con el consuelo de la certeza, de una estabilidad que, por ilusoria que sea, nos permite no hacernos sentir precarios.

Sin embargo, un análisis crítico de la historia revela que se trata de un marco interpretativo obsoleto: nuestra relación con los fundamentos sólidos del pensamiento está desgastada, se ha acabado. Y éste es precisamente el sentido de nuestra historia actual, que nos permite leer el pensamiento débil como un discurso de origen y movimiento, como el reconocimiento de que el viaje del que venimos constituye también una llamada al futuro.

La época contemporánea, especialmente con la llegada de la sociedad de masas y la globalización, está marcada por la pluralidad. Si pensamos en las redes sociales, en la multiplicación de voces en un escenario político ahora dislocado y diseminado, podemos ver que este discurso está más de actualidad que nunca. La pluralidad de perspectivas demuestra que la realidad no es un hecho u objeto incontrovertible e irrefutable. En el pasado, la interpretación de la realidad se confiaba a un solo organismo, o a lo sumo a dos (normalmente el Estado y la Iglesia, a menudo en conflicto entre sí). El monopolio de la interpretación crea un escenario en el que es más fácil pensar que la realidad coincide con una determinada narrativa, hasta el punto de fomentar la idea de que la realidad está ahí fuera y debe reflejarse fielmente.

El advenimiento de la sociedad de los medios de comunicación de masas ha allanado el camino a la multiplicación de los lugares de información: el sentido de la realidad se ha pluralizado hasta tal punto de que hoy resulta imposible ver la realidad como un bloque monolítico. Por tanto, la realidad se configura como el punto en el que se cruzan múltiples interpretaciones. Aunque pueda haber una narrativa dominante, siempre se basa en una interpretación, o mejor dicho, en el *consenso* de una interpretación. Nunca debemos olvidar que la actividad humana en relación con el mundo es ante todo interpretativa. Todo es interpretación, y debemos partir siempre de la parcialidad de ésta que, más que una limitación, constituye precisamente la fuerza revolucionaria de nuestra existencia.

De ahí que el conocimiento sea también un conjunto de diversas interpretaciones activas del mundo. En una entrevista de 1990, Vattimo estableció una interesante analogía al afirmar que “existe un amor a la verdad similar al amor al prójimo”. Se trata de la posibilidad colectiva de la verdad, que sólo surge de la posibilidad de reorganizar juntos la vida en la que ninguna visión prevalezca sobre las demás. El amor a la verdad no es respeto a los hechos tal como son en sí mismos, sino respeto a todas las personas con las que tenemos que colaborar para tratar esto que llamamos realidad. La filosofía, hoy, debe resolver un problema fundamental de continuidad: evitar un exceso de fragmentación, de disolución de nuestra experiencia del mundo.

Es evidente que el pensamiento débil está enraizado en el diálogo con diversas posturas filosóficas. En primer lugar, Nietzsche y Heidegger. Ambos, habitualmente considerados representantes de un pensamiento conservador asociado a las políticas del nacionalsocialismo, son leídos por Vattimo en su clave emancipadora, como promotores de un proyecto de emancipación que sólo puede partir del cuestionamiento radical de la metafísica. De hecho, el pensamiento débil indica una concepción nihilista de la hermenéutica, si no la coronación de un proyecto de nihilismo hermenéutico promulgado por el filósofo de Turín. Otros pensadores de referencia son los baluartes del posmodernismo francés —Foucault, Deleuze, Lyotard, Girard y Derrida, este último íntimo amigo de Vattimo—.

En el plano político, la fuerza del pensamiento débil reside en su radicalidad. Debemos tomar conciencia del “ocaso de Occidente”, entendido como la disolución de la idea de un sentido y una dirección unificados de la historia humana. Esta idea ha legitimado la presunción del pensamiento occidental, que siempre ha considerado su propia civilización como el más alto nivel deseable de evolución. Esta pre-

sunción legítima, a su vez, el llamamiento a “civilizar”, es decir, a someter y colonizar, a todos los pueblos con los que Occidente chocaba, subjetivándolos como Otros. La disolución de la idea de progreso y de historicidad unilineal es un hecho social y político, que en filosofía se manifestó con el fin de la metafísica teorizada por Heidegger.

Consciente de sus propias limitaciones y condicionamientos sociohistóricos, el pensamiento débil es un proyecto de responsabilidad ética basado en la apertura al Otro. Es una práctica filosófica abierta y dialogante. La labor hermenéutica del pensamiento débil no proporciona verdades absolutas, sino que pone en movimiento el pensamiento en una postura crítica metamórfica, que no teme abrirse y dejarse cambiar. La verdad no es un objeto, sino un acontecimiento: las verdades, en plural, son expresiones de una historia dinámica y cambiante, en perpetuo movimiento. La defensa de la debilidad coincide con la defensa de los marginados, esas personas que Rancière llamaría los *incomptés*, los que no cuentan, las personas cuyas vidas son precarizadas por los aparatos opresores de la sociedad, y cuya muerte, como diría Butler, no es digna de ser plantada.

Una crítica que suele hacerse al pensamiento débil es la acusación de relativismo. Según Vattimo, interpretar, actuar y conocer el mundo en que vivimos es lo mismo. El filósofo era partidario de una lectura dialógica, no monológica, de la complejidad de la realidad. Tal postura implica la inclusión, la incorporación del Otro al propio pensamiento. Una inclusión que implica la aceptación del caos como riqueza, como conjunto de voces que tienen la posibilidad de hablar. ¿Y no debería ser éste el objetivo de las políticas revolucionarias? Abrir brechas, crear espacios, reorquestar voces, repensar la posibilidad de existir de infinitas maneras diferentes. •